

ACERCA DEL INFANTILISMO "IZQUIERDISTA" Y DEL ESPIRITU PEQUEÑOBURGUES

La publicación de la revista *Revolución* (número 1, 20 de abril de 1918) por el pequeño grupo de "comunistas de izquierda" y de las "izqs" de este grupo ofrece una excelente confirmación de cuanto he dicho en el folleto acerca de las tareas inmediatas del Poder soviético*. Sería imposible destacar una confirmación más evidente de los errores políticos de toda la izquierda de la izquierda del revolucionario pequeñoburgués, de quien que se cree a veces un "izquierdista". En el 1.º y principal error de este grupo de los "comunistas de izquierda" prevalece una percepción del momento que vivimos, expresada con bastante precisión en su aspecto negativo, la "olvido" de los obreros y sus acciones, pues se trata de los pequeños burgueses que no comprenden el momento y que tanto por su concepción como por su fidelidad están muy por encima de los representantes avanzados del mismo error, los obreros de izquierda.

Publicado los días 9, 10 y 11 de mayo de 1918
en el periódico "Pravda", núms. 88, 89 y 90
Firmado: N. Lenin

Se publica según el texto del folleto: N. Lenin. "La tarea principal de nuestros días", Moscú, ed. "Pribór", 1918, coleccionado con el texto del periódico y el folleto: N. Lenin (V. I. Uliánov). "Viejos artículos sobre temas cercanos a los nuevos", Moscú, 1922

La publicación de la revista *Kommunist* (núm. 1, 20 de abril de 1918) por el pequeño grupo de “comunistas de izquierda” y de las “tesis” de este grupo ofrece una excelente confirmación de cuanto he dicho en el folleto acerca de las tareas inmediatas del Poder soviético*. Sería imposible desear una confirmación más evidente —en los escritos políticos— de toda la ingenuidad de la defensa del relajamiento pequeñoburgués, defensa que se encubre a veces con lemas “izquierdistas”. Es útil y necesario examinar los razonamientos de los “comunistas de izquierda” porque son peculiares del momento que vivimos; explican con inusitada precisión, en su aspecto negativo, la “clave” de este momento y son aleccionadores, pues se trata de los mejores hombres que no comprenden el momento y que tanto por sus conocimientos como por su fidelidad están muy por encima de los representantes *adocenados* del mismo error: los eseristas de izquierda.

I

Como magnitud política —o que pretende desempeñar un papel político—, el grupo de los “comunistas de izquierda” nos ha proporcionado sus “tesis sobre el momento actual”. Es una buena costumbre marxista hacer una exposición coherente y acabada de los fundamentos de las

* Véase el presente volumen, págs. 169-214. —Ed.

propias opiniones y de la propia táctica. Y esta buena costumbre marxista nos ha ayudado a descubrir el error de nuestros “izquierdistas”, pues el intento de argumentar —y no de emplear retórica— descubre por sí solo la inconsistencia de los argumentos.

Salta a la vista, ante todo, la abundancia de alusiones indirectas y subterfugios a propósito de la vieja cuestión de si fue acertado concertar la Paz de Brest. Los “izquierdistas” no se han atrevido a plantear de cara esta cuestión y se debaten, haciendo cómicos ademanes, amontonando un argumento sobre otro, echando mano a consideraciones, rebuscando toda clase de objeciones “de una parte” y “de otra parte”; se desvían con el pensamiento hablando de todo a tontas y a locas, procurando no ver que se golpean a sí mismos. Los “izquierdistas” recuerdan solícitamente las cifras: doce votos contra la paz y veintiocho en pro de la paz en el Congreso del Partido; pero silencian con toda modestia que, en el grupo bolchevique del Congreso de los Soviets, reunieron menos de una décima parte de los centenares y centenares de votos emitidos. Inventan la “teoría” de que la paz fue aprobada por los “cansados y desclasados” y que contra la paz “estaban los obreros y los campesinos de las regiones del Sur, de más vitalidad económica y mejor abastecidas de cereales”... ¿Cómo no reírse de eso? Ni una palabra sobre la votación del Congreso de los Soviets de toda Ucrania a favor de la paz, ni una palabra sobre el carácter social y de clase del conglomerado político pequeñoburgués y desclasado típico que se pronunciaba en Rusia contra la paz (el partido de los eseristas de izquierda). Es una manera puramente infantil de ocultar su fracaso con divertidas explicaciones “científicas”, de ocultar hechos cuya simple enumeración mostraría que fueron precisamente la “flor y nata” y los cabecillas desclasados e intelectualoides del partido quienes combatieron la paz con lemas tomados de la fraseología revolucionaria pequeñoburguesa y que precisamente *las masas* de obreros y campesinos explotados hicieron triunfar la paz.

Mas, pese a todo, la verdad sencilla y clara sobre el

problema de la paz y la guerra se abre paso entre todas las declaraciones y escapatorias antes mencionadas de los "izquierdistas". "La firma de la paz —se ven obligados a reconocer los autores de las tesis— ha debilitado, al menos por ahora, la aspiración de los imperialistas a una confabulación internacional" (los "izquierdistas" no exponen eso exactamente, pero no es éste el lugar apropiado para examinar las inexactitudes). "La firma de la paz ha exacerbado ya la pelea entre las potencias imperialistas."

Eso es un hecho. Un hecho que tiene importancia *decisiva*. Y ésa es la causa de que los enemigos de la firma de la paz fuesen objetivamente un juguete en manos de los imperialistas y cayesen en la trampa tendida por ellos. Porque mientras no estalle la revolución socialista internacional, que abarque a varios países y tenga la fuerza suficiente para vencer al *imperialismo internacional*; mientras no ocurra eso, el deber ineludible de los socialistas triunfantes en un solo país (y especialmente si es un país atrasado) consiste en *no* aceptar el combate con los gigantes del imperialismo, en tratar de rehuir el combate, de esperar que la contienda entre los imperialistas debilite a éstos *más aún*, acerque *más aún* la revolución en otros países. Nuestros "izquierdistas" no comprendieron esta sencilla verdad en enero, febrero y marzo y temen también ahora reconocerla abiertamente, pero esa verdad se abre paso a través de sus balbuceos: "de una parte, no podemos dejar de reconocer; de otra parte, debemos admitir"¹³¹.

"Durante la primavera y el verano próximos —escriben los "izquierdistas" en sus tesis— debe empezar el hundimiento del sistema imperialista, que, en caso de triunfar el imperialismo alemán en la fase actual de la guerra, sólo podrá ser aplazado y se expresará entonces en formas aún más agudas."

La fórmula es aquí de una pueril inexactitud mayor aún, pese a toda la apariencia científica. Es propio de niños "comprender" la ciencia en el sentido de que ésta puede determinar en qué año "debe" "empezar el hundimiento" y si ha de ser en primavera y verano o en otoño e invierno.

Son esfuerzos ridículos por enterarse de lo que no se puede averiguar. Ningún político serio dirá jamás *cuándo* “debe empezar” uno u otro hundimiento del “sistema” (tanto más que el hundimiento del *sistema* ha empezado ya, y de lo que se trata es del momento de la explosión en *distintos* países). Pero por la pueril impotencia de la fórmula se abre paso una verdad indiscutible: las explosiones de la revolución en otros países más avanzados están *más cerca* de nosotros ahora, un mes después de la “tregua” iniciada con la firma de la paz, que hace un mes o mes y medio.

¿Qué significa esto?

Significa que tenían perfecta razón y han sido justificados por la historia los partidarios de la paz, quienes se esforzaron por hacer comprender a los aficionados a las posturas efectistas que es necesario saber calcular la correlación de fuerzas y *no ayudar* a los imperialistas, facilitándoles el combate contra el socialismo cuando éste es débil aún y las probabilidades de éxito en la lucha *no le son* favorables a ciencia cierta.

Sin embargo, nuestros comunistas “de izquierda” —a quienes también gusta denominarse comunistas “proletarios”, pues tienen muy poco de proletario y mucho de pequeño-burgués— no saben pensar en la correlación de fuerzas, no saben tomar en consideración la correlación de fuerzas. En eso reside la médula del marxismo y de la táctica marxista, pero ellos pasan de largo ante la “médula” con frases “orgullosas” como la siguiente:

“...El afianzamiento en las masas de la indolente “psicología de paz” es un factor objetivo del momento político...”

¡Menuda joya! Después de tres años de la guerra más agobiante y reaccionaria, el pueblo ha obtenido, gracias al Poder soviético y a su acertada táctica, que no incurre en las frases huecas, una tregua muy pequeña, pequeñísima en extremo, precaria e incompleta en absoluto; pero los intelectualoides “izquierdistas”, con el empaque de un Narciso enamorado de sí mismo¹³², sentencian con aire grave: “el afianzamiento (!!!) de la indolente (!!!???) psicología de paz en las masas (???)”. ¿Es que no tenía yo razón

cuando dije en el Congreso del Partido que el periódico o revista de los "izquierdistas" no debería denominarse *Kommunist*, sino *El Hidalgo*? *

¿Es que puede un comunista, por poco que comprenda las condiciones de vida y la psicología de las masas trabajadoras y explotadas, descender hasta ese punto de vista del típico intelectual, del pequeño burgués desclasado, con la psicología del señorito o del hidalgo, que declara "indolente" la "psicología de paz" y considera "diligencia" el blandir una espada de cartón? Porque eso es, precisamente, lo que hacen nuestros "izquierdistas", blandir una espada de cartón, cuando dan de lado un hecho conocido de todos y demostrado una vez más con la guerra en Ucrania: que los pueblos, extenuados por tres años de carnicería, no pueden combatir sin tregua; que la guerra, si no se dispone de fuerzas para organizarla a escala nacional, engendra a cada paso la psicología de la desorganización peculiar del pequeño propietario, y no de la férrea disciplina proletaria. La revista *Kommunist* nos muestra a cada paso que nuestros "izquierdistas" no tienen la menor noción de la férrea disciplina proletaria ni de su preparación, que están impregnados hasta la médula de la psicología del intelectual pequeñoburgués desclasado.

II

Pero ¿no serán las frases de los "izquierdistas" sobre la guerra mero arrebato infantil, orientado, además, al pasado y, por ello, sin el menor significado político? Así defienden algunos a nuestros "izquierdistas". Mas es erróneo. Si se aspira a la dirección política, hay que saber *pensar bien* las tareas políticas; la falta de eso convierte a los "izquierdistas" en pusilánimes predicadores de la vacilación, que, objetivamente, sólo puede tener un significado: con sus vacilaciones, los "izquierdistas" *ayudan* a los imperialistas a provocar a la República Soviética de Rusia a un combate evidentemente desfavorable para ella, *ayudan* a los imperialistas a que nos

* Véase el presente volumen, pág. 24. —Ed.

metan en una trampa. Escuchemos lo que dicen:

“...La revolución obrera en Rusia no puede “mantenerse” abandonando el camino revolucionario internacional, eludiendo constantemente el combate y retrocediendo ante la embestida del capital internacional, haciendo concesiones al “capital patrio”.

“Desde este punto de vista hacen falta: una enérgica política internacional de clase, que conjugue la propaganda revolucionaria internacional con palabras y con hechos, y el fortalecimiento del nexo orgánico con el socialismo internacional (y no con la burguesía internacional)...”

Más adelante haremos mención especial de las invectivas que se hacen aquí a la esfera de la política interior. Pero fijémonos en esta orgía de la frase huera —acompañada de timidez en la práctica— en el terreno de la política exterior. ¿Qué táctica es *obligatoria* para cuantos no quieran convertirse en instrumento de la provocación imperialista y caer en la trampa en el momento *actual*? Todo político debe dar una respuesta clara y franca a esta pregunta. La respuesta de nuestro Partido es conocida: en el momento *actual*, *replegarse*, eludir el combate. Nuestros “izquierdistas” no se atreven a decir lo contrario y disparan al aire: ¡¡“una enérgica política internacional de clase”!!

Eso es engañar a las masas. Si quieren combatir ahora, díganlo claramente. Si no quieren *retroceder* ahora, díganlo claramente. Porque, de otro modo, su papel objetivo será el de instrumento de la provocación imperialista. Y su “psicología” subjetiva es la psicología del pequeño burgués enfurecido que se engalla y vanagloria, pero siente magníficamente que el proletario *tiene razón* al replegarse y tratar de replegarse organizado; que el proletario tiene razón al considerar que, mientras se carezca de fuerzas, hay que replegarse (ante el imperialismo occidental y oriental) aunque sea hasta los Urales, pues ésa es la *única* posibilidad de ganar tiempo mientras madura la revolución en Occidente, revolución que no “deberá” (pese a la charlatanería de los “izquierdistas”) empezar “en la primavera o en el verano”, pero que *cada mes que pasa* está más cerca y es más probable.

Los “izquierdistas” carecen de una política “propia”,

no se atreven a declarar que *ahora* es innecesario el repliegue. Dan vueltas y rodeos, jugando con las palabras, y suplantando el problema de rehuir el combate *en el momento actual* por el de rehuirlo "constantemente". Hacen pompas de jabón: ¡¡"propaganda revolucionaria internacional con hechos"!! ¿Qué significa eso?

Sólo puede significar una de estas dos cosas: o presunción y alarde dignos de un Nozdriov¹³³ o guerra ofensiva para derrocar el imperialismo internacional. Semejante absurdo no puede proclamarse abiertamente; por eso los comunistas de "izquierda" tienen que encubrirse con frases altisonantes y huera en extremo para evitar que los ridiculice cualquier proletario consciente, confiando en que el lector distraído no se dé cuenta de lo que significa, en realidad, esa "propaganda revolucionaria internacional con hechos".

Pronunciar frases altisonantes es una propiedad de los intelectuales pequeñoburgueses desclasados. Los proletarios comunistas organizados castigarán seguramente por esas "maneras", al menos, con burlas y con la destitución de todo puesto de responsabilidad. Hay que decir a las masas la amarga verdad con sencillez, claridad y franqueza: es posible e incluso probable que el partido belicista se imponga de nuevo en Alemania (en el sentido de pasar en el acto a la ofensiva contra nosotros) y que Alemania, unida a Japón, intente repartirnos y estrangularnos mediante un acuerdo formal o tácito. De no escuchar a los chillones, nuestra táctica debe consistir en esperar, dar largas, rehuir el combate y retroceder. Si arrojamus por la borda a los chillones y "ponemos en tensión" nuestras fuerzas, creando una disciplina verdaderamente férrea, verdaderamente proletaria, verdaderamente comunista, tendremos serias posibilidades de ganar muchos meses. Y entonces, retrocediendo incluso hasta los Urales (en el peor de los casos), *facilitamos* a nuestro aliado (el proletariado internacional) la posibilidad de acudir en nuestra ayuda, la posibilidad de "cubrir" (hablando en lenguaje deportivo) la distancia que media entre el comienzo de las explosiones revolucionarias y la revolución.

Esta táctica, y sólo ella, fortalece de hecho la ligazón de un destacamento del socialismo internacional, aislado temporalmente, con los otros destacamentos; en cambio, entre ustedes, estimados “comunistas de izquierda”, a decir verdad, únicamente se “fortalece la ligazón orgánica” de una frase rimbombante con otra frase rimbombante. ¡Mala “ligazón orgánica” es ésta!

Y les explicaré, estimados míos, por qué les ha ocurrido esa desgracia: porque, en vez de reflexionar sobre las consignas de la revolución, ustedes se dedican más a aprenderlas de memoria. Por eso ponen entre comillas las palabras “defensa de la patria socialista”, entre unas comillas que deben significar, probablemente, un asomo de ironía, pero que, de hecho, demuestran el embrollo que reina en sus cabezas. Están ustedes acostumbrados a considerar el “defensismo” una cosa abominable y repugnante, se han aprendido eso, lo recuerdan y lo repiten de memoria con tanto celo que algunos de ustedes han llegado a decir la estupidez de que, en *la época* imperialista, la defensa de la patria es intolerable (en realidad, es intolerable sólo en una guerra imperialista, reaccionaria, hecha por la burguesía). Mas no se les ha ocurrido pensar por qué y cuándo es abominable el “defensismo”.

Admitir la defensa de la patria significa admitir la legitimidad y la justicia de la guerra. La legitimidad y la justicia ¿desde qué punto de vista? Sólo desde el punto de vista del proletariado socialista y de su lucha por la emancipación; nosotros no admitimos ningún otro punto de vista. Si hace la guerra la clase de los explotadores para afianzar su dominación como clase, será una guerra criminal, y el “defensismo” será en *esa* guerra una abominación y una traición al socialismo. Si la guerra la hace el proletariado después de vencer a la burguesía en su país, si la hace en aras del fortalecimiento y desarrollo del socialismo, entonces será una guerra legítima y “santa”.

Somos defensistas desde el 25 de octubre de 1917. He dicho esto más de una vez con toda precisión, y ustedes no se atreven a discutirlo. Precisamente para “fortalecer la

ligazón" con el socialismo internacional *es obligatorio* defender la patria *socialista*. Destruye la ligazón con el socialismo internacional el que enfoque a la ligera la defensa de un país en el que ha triunfado ya el proletariado. Cuando éramos representantes de una clase oprimida, no adoptamos una actitud frívola ante la defensa de la patria en la guerra imperialista, sino que negamos por principio esa defensa. Cuando nos hemos convertido en representantes de la clase dominante, que ha empezado a organizar el socialismo, exigimos a todos un comportamiento *serio* ante la defensa del país. Y tener un comportamiento serio ante la defensa del país significa prepararse a fondo y tener muy en cuenta la correlación de fuerzas. Si las fuerzas son a ciencia cierta pocas, el principal medio de defensa *es replegarse al interior del país* (quien vea en esto una fórmula traída por los pelos para el caso presente, que lea lo que dice el viejo Clausewitz, uno de los grandes autores militares, acerca de las enseñanzas de la historia sobre el particular). Pero entre los "comunistas de izquierda" no hay el menor indicio de que comprendan la importancia del problema de la correlación de fuerzas.

Cuando éramos enemigos por principio del defensismo, teníamos derecho a ridiculizar a los que querían "preservar" a su patria en bien, según ellos, del socialismo. Ahora que hemos obtenido el derecho a ser defensasistas proletarios, todo el planteamiento de la cuestión cambia de raíz. Pasa a ser un deber nuestro hacer un recuento rigurosísimo de las fuerzas, sopesar con la mayor precisión si podrá llegar a tiempo nuestro aliado (el proletariado internacional). El capital está interesado en derrotar al enemigo (el proletariado revolucionario) por partes antes de que se unan (de hecho, es decir, iniciando la revolución) los obreros de todos los países. Nosotros estamos interesados en hacer todo lo posible, en aprovechar incluso la más pequeña probabilidad para retrasar el combate decisivo hasta el momento (o "*hasta después*" del momento) de esa unificación de los destacamentos revolucionarios en un gran ejército internacional.

III

Pasemos a las desventuras de nuestros “comunistas de izquierda” en el terreno de la política interior. Es difícil leer sin esbozar una sonrisa frases como las siguientes en las tesis sobre el momento *actual*:

“...El aprovechamiento metódico de los medios de producción que han quedado es concebible sólo con la socialización más decidida”... “no capitular ante la burguesía y los intelectuales pequeñoburgueses, secuaces suyos, sino rematar a la burguesía y acabar definitivamente con el sabotaje...”

¡Simpáticos “comunistas de izquierda”! ¡Cuánta decisión tienen... y qué poca reflexión! ¿Qué significa “la socialización más decidida”?

Se puede ser decidido o indeciso en el problema de la nacionalización, de la confiscación. Pero el quid está en que la mayor “decisión” del mundo es insuficiente para pasar *de* la nacionalización y la confiscación *a* la socialización. La desgracia de nuestros “izquierdistas” consiste precisamente en que con esa ingenua e infantil combinación de palabras, “la socialización... más decidida”, muestran la mayor incompreensión del quid del problema, del quid del momento “actual”. La desventura de los “izquierdistas” está en que no han visto la propia esencia del “momento actual”, del paso de las confiscaciones (durante cuya realización la cualidad principal del político es la decisión) a la socialización (para cuya realización se requiere *otra* cualidad del revolucionario).

El quid del momento actual consistía ayer en nacionalizar, confiscar con mayor decisión, en golpear y rematar a la burguesía, en acabar con el sabotaje. Hoy nadie más que los ciegos podrán no ver que hemos nacionalizado, confiscado, golpeado y acabado más de lo *que hemos podido contar*. Y la socialización se distingue precisamente de la simple confiscación en que se puede confiscar con la sola “decisión”, sin saber contar y distribuir acertadamente; *pero es imposible socializar sin saber hacerlo*.

Nuestro mérito histórico consiste en que ayer fuimos (y mañana seremos) decididos en las confiscaciones, en rematar

a la burguesía, en acabar con el sabotaje. Hablar hoy de eso en unas "tesis sobre el momento actual" significa mirar al pasado y no comprender la transición al futuro.

... "Acabar definitivamente con el sabotaje"... ¡Vaya tarea! ¡Pero si con los saboteadores "hemos acabado" en grado suficiente! Lo que nos falta es otra cosa distinta, completamente distinta: *llevar la cuenta* de dónde y a qué saboteadores hay que colocar; organizar *nuestras* fuerzas para que, por ejemplo, un dirigente o controlador bolchevique vigile a un centenar de saboteadores que vienen a ponerse a nuestro servicio. En tal situación, lanzar frases como "la socialización más decidida", "rematar" y "acabar definitivamente" significa no dar pie con bola. Es peculiar del revolucionario pequeñoburgués no advertir que para el socialismo no basta rematar, acabar, etc.; eso es suficiente para el pequeño propietario, enfurecido contra el grande; pero el revolucionario proletario jamás caería en semejante error.

Si las palabras que hemos citado hacen sonreír, el descubrimiento hecho por los "comunistas de izquierda" de que, con la "desviación bolchevique de derecha", la República Soviética se ve amenazada de "evolucionar hacia el capitalismo de Estado", provoca una franca carcajada homérica. ¡Vaya susto que nos han dado, por cierto! ¡Y con qué celo repiten los "comunistas de izquierda" este tremendo descubrimiento en sus tesis y en sus artículos!...

Pero no se les ha ocurrido pensar que el capitalismo de Estado sería *un paso adelante* en comparación con la situación existente hoy en nuestra República Soviética. Si dentro de unos seis meses se estableciera en nuestro país el capitalismo de Estado, eso sería un inmenso éxito y la más firme garantía de que, al cabo de un año, el socialismo se afianzaría definitivamente y se haría invencible.

Me imagino la noble indignación con que rechazará estas palabras el "comunista de izquierda" y la "crítica demoleadora" que desencadenará ante los obreros contra "la desviación bolchevique de derecha". ¿Cómo? ¿El tránsito al *capitalismo* de Estado significaría un paso adelante en

la República *Socialista* Soviética?... ¿No es eso una traición al socialismo?

Precisamente ahí está la raíz del error *económico* de los “comunistas de izquierda”. Por ello es preciso examinar con detalle este punto.

Primero, los “comunistas de izquierda” no han comprendido cuál es precisamente *la transición* del capitalismo al socialismo que nos da derecho y pie para denominarnos República Socialista de los Soviets.

Segundo, revelan su espíritu pequeñoburgués precisamente en que *no ven* el elemento pequeñoburgués como enemigo *principal* del socialismo en nuestro país.

Tercero, al esgrimir el espantajo del “capitalismo de Estado”, demuestran que no comprenden en qué se diferencia en lo económico el Estado soviético del Estado burgués.

Examinemos estas tres circunstancias.

A juicio mío, no ha habido una sola persona que, al ocuparse de la economía de Rusia, haya negado el carácter transitorio de esa economía. Ningún comunista ha negado tampoco, a mi parecer, que la expresión República Socialista Soviética significa la decisión del Poder soviético de llevar a cabo la transición al socialismo; mas en modo alguno el reconocimiento de que el nuevo régimen económico es socialista.

Mas ¿qué significa la palabra transición? ¿No significará, aplicada a la economía, que en el régimen actual existen elementos, partículas, pedacitos *tanto* de capitalismo *como* de socialismo? Todos reconocen que sí. Pero no todos, al reconocer eso, se paran a pensar qué elementos de los distintos tipos de economía social existen en Rusia. Y ahí está todo el meollo de la cuestión.

Enumeremos esos elementos:

- 1) economía campesina patriarcal, es decir, natural en grado considerable;
- 2) pequeña producción mercantil (en ella se incluye la mayoría de los campesinos que venden cereales);
- 3) capitalismo privado;

4) capitalismo de Estado;

5) socialismo.

Rusia es tan grande y tan heterogénea que en ella se entrelazan todos esos tipos diferentes de economía social. Lo original de la situación consiste precisamente en eso.

Cabe preguntar: ¿qué elementos predominan? Está claro que en un país de pequeños agricultores predomina, y no puede menos de predominar, el elemento pequeñoburgués; la mayoría, la inmensa mayoría de los agricultores son pequeños productores de mercancías. *Los especuladores*, y el principal objeto de especulación es *el cereal*, rompen ora aquí ora allá la envoltura del capitalismo de Estado (el monopolio de los cereales, el control sobre los patronos y comerciantes, los cooperativistas burgueses).

La lucha principal se sostiene hoy precisamente en este terreno. ¿Entre quiénes se sostiene esa lucha, si empleamos términos de categorías económicas, como, por ejemplo, el "capitalismo de Estado"? ¿Entre los peldaños cuarto y quinto en el orden en que acabo de enumerarlos? Es claro que no. No es el capitalismo de Estado el que lucha contra el socialismo, sino la pequeña burguesía más el capitalismo privado los que luchan juntos, de común acuerdo, tanto contra el capitalismo de Estado como contra el socialismo. La pequeña burguesía opone resistencia a *cualquier* intervención del Estado, contabilidad y control tanto capitalista de Estado como socialista de Estado. Eso es un hecho de la realidad absolutamente incontrovertible, en cuya incomprensión está la raíz del error económico de los "comunistas de izquierda". El especulador, el merodeador del comercio, el saboteador del monopolio: ése es nuestro principal enemigo "interno", el enemigo de las medidas económicas del Poder soviético. Si hace ciento veinticinco años podía perdonarse aún a los pequeños burgueses de Francia, los revolucionarios más fervientes y más sinceros, el afán de vencer al especulador mediante la ejecución de unos cuantos "elegidos" y el estruendo de las declaraciones huera, hoy, en cambio, la pura palabrería de ciertos eseristas de izquierda ante esta cuestión no despierta en cada revolucionario consciente otra

cosa que repugnancia o asco. Sabemos perfectamente que la base económica de la especulación la constituyen el sector de los pequeños propietarios, amplísimo en Rusia, y el capitalismo privado, que tiene un agente suyo *en cada* pequeño burgués. Sabemos que los millones de tentáculos de esta hidra pequeñoburguesa apresan aquí o allá a algunos sectores obreros y que la especulación, *en lugar del monopolio de Estado*, irrumpe por todos los poros de nuestra vida socioeconómica.

Quienes no ven eso revelan precisamente con su ceguera que son prisioneros de los prejuicios pequeñoburgueses. Así son nuestros “comunistas de izquierda”, quienes de palabra (y profundísimamente convencidos de ello, como es natural) son enemigos implacables de la pequeña burguesía; pero, de hecho, no hacen más que ayudarla, no hacen más que servirle, no hacen más que expresar su punto de vista, luchando —¡*en abril de 1918!*— contra... ¡el “capitalismo de Estado”! ¡Eso se llama no dar pie con bola!

El pequeño burgués tiene reservas de dinero, unos cuantos miles, acumulados por medios “lícitos”, y sobre todo ilícitos, durante la guerra. Tal es el tipo económico característico como base de la especulación y del capitalismo privado. El dinero es el certificado que les permite recibir riquezas sociales, y los millones de pequeños propietarios guardan bien ese certificado, se lo ocultan al “Estado”, pues no creen en ningún socialismo ni comunismo, “esperan a que pase” la tempestad proletaria. Y una de dos: o sometemos a ese pequeño burgués a *nuestro* control y a nuestra contabilidad (y podemos hacerlo, si organizamos a los campesinos pobres, es decir, a la mayoría de la población o semiproletarios en torno a la vanguardia proletaria consciente), o él echará abajo nuestro poder obrero de manera inevitable e indefectible, de la misma manera que acabaron con la revolución los Napoleones y los Cavaignac, que brotan precisamente sobre ese terreno de los pequeños propietarios. Así está planteado el problema. Los eseristas de izquierda son los únicos que no ven esta verdad, sencilla y clara, tras las frases huecas sobre el campesinado “trabajador”;

pero ¿quién puede tomar en serio a los eseristas de izquierda, hundidos en las frases huecas?

El pequeño burgués que esconde sus miles es un enemigo del capitalismo de Estado y aspira a invertir esos miles única y exclusivamente en provecho propio, en contra de los pobres, en contra de toda clase de control de Estado; y el conjunto de estos miles forma una base de muchos miles de millones para la especulación, que malogra nuestra edificación socialista. Supongamos que determinado número de obreros aporta en varios días valores por una suma igual a mil. Supongamos, además, que de esta suma tenemos una pérdida igual a 200, como consecuencia de la pequeña especulación, de las dilapidaciones de todo género y de las maniobras de los pequeños propietarios para transgredir las normas y los decretos soviéticos. Todo obrero consciente dirá: si yo pudiera aportar trescientos de esos mil, a condición de que se implantase un orden y una organización mejores, aportaría con gusto trescientos en lugar de doscientos, ya que, con el Poder soviético, reducir luego este "tributo", pongamos por caso, hasta cien o cincuenta será una tarea muy fácil, dado que se impondrá el orden y la organización, dado que se vencerá definitivamente el sabotaje de la pequeña propiedad privada contra todo monopolio de Estado.

Este sencillo ejemplo con cifras —simplificado premeditadamente al máximo para hacer más clara la exposición— explica la *correlación*, en la situación actual, entre el capitalismo de Estado y el socialismo. Los obreros tienen en sus manos el poder del Estado, tienen la absoluta posibilidad jurídica de "tomar" todo el millar, es decir, de no entregar un solo kopek que no esté destinado a fines socialistas. Esta posibilidad jurídica, que se asienta en el paso efectivo del poder a los obreros, es un elemento de socialismo.

Pero los elementos de la pequeña propiedad y del capitalismo privado se valen de muchos medios para minar la situación jurídica, para abrir paso a la especulación y frustrar el cumplimiento de los decretos soviéticos. El capitalismo de Estado significaría un gigantesco paso adelante *incluso si*

pagáramos *más* que ahora (he tomado adrede un ejemplo con cifras para mostrarlo con claridad), pues merece la pena pagar “por aprender”, pues eso es útil para los obreros, pues vencer el desorden, el desbarajuste y el relajamiento tiene más importancia que nada, pues continuar la anarquía de la pequeña propiedad es el peligro mayor y más temible, que nos hundirá *sin duda alguna* (si no lo vencemos), en tanto que pagar un tributo mayor al capitalismo de Estado, lejos de hundirnos, nos llevará por el camino más seguro hacia el socialismo. La clase obrera, después de aprender a proteger el orden estatal frente a la anarquía de la pequeña propiedad, después de aprender a organizar la producción a gran escala, a escala de todo el país, basándola en el capitalismo de Estado, tendrá entonces a mano —perdón por la expresión— todos los triunfos, y el afianzamiento del socialismo estará asegurado.

El capitalismo de Estado es incomparablemente superior, *desde el punto de vista económico*, a nuestra economía actual. Eso primero.

Y segundo, no tiene nada de temible para el Poder soviético, pues el Estado soviético es un Estado en el que está asegurado el poder de los obreros y de los campesinos pobres. Los “comunistas de izquierda” no han comprendido estas verdades indiscutibles, que, como es natural, jamás podrá comprender el “eserista de izquierda”, incapaz en general de hilvanar en la mente ninguna clase de ideas sobre economía política, pero que todo marxista se verá *obligado* a reconocer. No merece la pena discutir con el eserista de izquierda: basta señalarlo con el dedo como un “ejemplo repulsivo” de charlatán; pero con el “comunista de izquierda” *es preciso* discutir, pues en este caso el error lo cometen marxistas, y el análisis de sus errores ayudará a la clase obrera a encontrar el camino certero.

IV

Para aclarar más aún la cuestión, citaremos primero un ejemplo concretísimo de capitalismo de Estado. Todos

lo conocemos: Alemania. Allí tenemos la "última palabra" de la gran técnica capitalista moderna y de la organización armónica, *subordinada al imperialismo terrateniente-burgués*. Dejemos a un lado las palabras subrayadas, coloquemos en lugar de *Estado* militar, terrateniente, burgués, imperialista, *también un Estado*, pero un Estado de otro tipo social, de otro contenido de clase, el Estado *soviético*, es decir, proletario, y obtendremos *toda* la suma de condiciones que da como resultado el socialismo.

El socialismo es inconcebible sin la gran técnica capitalista basada en la última palabra de la ciencia moderna, sin una organización estatal armónica que someta a decenas de millones de personas a la más rigurosa observancia de una norma única en la producción y distribución de los productos. Los marxistas hemos hablado siempre de eso, y no merece la pena gastar siquiera dos segundos en conversar con gentes que no han comprendido *ni siquiera* eso (los anarquistas y una buena mitad de los eseristas de izquierda).

Al mismo tiempo, el socialismo es inconcebible sin la dominación del proletariado en el Estado: eso es también elemental. Y la historia (de la que nadie, excepto los obtusos mencheviques de primera categoría, esperaba que diera sin tropiezos, con calma, simple y llanamente el socialismo "íntegro") siguió un camino tan original que *dio a luz* hacia 1918 dos mitades separadas de socialismo, una al lado de la otra, exactamente igual que dos futuros polluelos en el mismo cascarón del imperialismo internacional. Alemania y Rusia encarnaron en 1918 del modo más patente la realización material de las condiciones sociales, productivas y económicas del socialismo, de una parte, y de sus condiciones políticas, de otra.

La revolución proletaria victoriosa en Alemania rompería de golpe, con extraordinaria facilidad, todo cascarón del imperialismo (hecho, por desgracia, del mejor acero, por lo que no pueden romperlo los esfuerzos de *cualquier...* polluelo), haría realidad de modo seguro la victoria del socialismo mundial, sin dificultades o con dificultades insignificantes, si se toma, naturalmente, la escala de lo "difícil" desde el

punto de vista histórico universal y no desde el punto de vista pequeñoburgués y de círculo.

Mientras la revolución tarde aún en “nacer” en Alemania, nuestra tarea consiste en aprender de los alemanes el capitalismo de Estado, en implantarlo *con todas las fuerzas*, en no escatimar métodos *dictatoriales* para acelerar su implantación más aún que Pedro I aceleró la implantación del progreso occidental por la bárbara Rusia, sin reparar en medios bárbaros de lucha contra la barbarie. Si entre los anarquistas y eseristas de izquierda hay hombres (he recordado por casualidad los discursos de Karelin y Gue en el CEC) capaces de razonar a lo Narciso de que no es digno de revolucionarios “aprender” del imperialismo alemán, habrá que decirles una cosa: una revolución que tomara en serio a semejantes individuos se hundiría sin falta (y se lo tendría bien merecido).

En Rusia predomina hoy precisamente el capitalismo pequeñoburgués, del que *un mismo camino* lleva tanto al gran capitalismo de Estado como al socialismo, lleva *a través de una misma* estación intermedia, llamada “contabilidad y control por todo el pueblo de la producción y distribución de los productos”. Quien no comprenda esto incurre en un error económico imperdonable, o bien por ignorar los hechos de la realidad, no viendo lo que existe ni sabiendo mirar a la verdad cara a cara, o bien por limitarse a una contraposición abstracta del “capitalismo” y el “socialismo”, sin calar hondo en las formas y fases concretas de esa transición que está sobreviniendo hoy en nuestro país. Entre paréntesis sea dicho, se trata del mismo error teórico que desconcertó a los mejores hombres del campo de *Nóvaya Zhizn* y *Vperiod*: los peores y medianos de entre ellos van, por torpes y anodinos, a la zaga de la burguesía, asustados por ella; los mejores no han comprendido que los maestros del socialismo no hablaron en vano de todo un período de transición del capitalismo al socialismo ni recalcaron en vano los “largos dolores del parto” de la nueva sociedad; por cierto que esta nueva sociedad es también una abstracción que sólo puede hacerse realidad mediante intentos concre-

tos, imperfectos y variados de crear uno u otro Estado socialista.

Precisamente porque no se puede seguir avanzando desde la actual situación económica de Rusia sin pasar por *lo que es común* al capitalismo de Estado y al socialismo (la contabilidad y el control por todo el pueblo), es un completo absurdo teórico asustar a los demás y asustarse a sí mismos con la "evolución *hacia* el capitalismo de Estado" (*Kommunist*, núm. 1, pág. 8, col. 1). Eso significa precisamente desviarse con el pensamiento, "apartándose" del verdadero camino de la "evolución", no comprender dicho camino; en la práctica, eso equivale a tirar hacia atrás, hacia el capitalismo basado en la pequeña propiedad.

A fin de que el lector se convenza de que no hago sólo hoy, ni mucho menos, una "alta" apreciación del capitalismo de Estado, sino que la hice también *antes* de la toma del poder por los bolcheviques, me permito reproducir la siguiente cita de mi folleto *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*, escrito en septiembre de 1917:

"...Pues bien, prueben ustedes a *sustituir* ese Estado de junkers y capitalistas, ese Estado de terratenientes y capitalistas, con un Estado *democrático revolucionario*, es decir, con un Estado que suprima revolucionariamente *todos* los privilegios, que no tema implantar por vía revolucionaria la democracia más completa. Y entonces verán que el capitalismo monopolista de Estado, en un Estado democrático y revolucionario de verdad, representa inevitablemente, infaliblemente, ¡un paso, varios pasos hacia el socialismo!"

"...Porque el socialismo no es otra cosa que el paso siguiente después del monopolio capitalista de Estado..."

"...El capitalismo monopolista de Estado es la preparación *material* más completa para el socialismo, su *antesala*, un peldaño de la escalera histórica entre el cual y el peldaño llamado socialismo *no hay ningún peldaño intermedio*" (págs. 27 y 28) *.

Obsérvese que eso fue escrito en tiempos de Kerenski,

* Véase O.C., t. 34, págs. 197, 198, 199. —Ed.

que *no* se trata aquí de la dictadura del proletariado, *no* se trata del Estado socialista, sino del Estado “democrático revolucionario”. ¿No está claro, pues, que *cuanto más alto* nos hayamos elevado de ese peldaño político, *cuanto más* hayamos plasmado en los Soviets el Estado socialista y la dictadura del proletariado, *tanto menos* podremos permitirnos temer el “capitalismo de Estado”? ¿No está claro, pues, que en el sentido *material*, económico, de la producción, no nos encontramos aún en la “antesala” del socialismo? ¿Y que no se puede entrar por la puerta del socialismo si no es cruzando esa “antesala”, que nosotros aún no hemos alcanzado?

Se enfoque la cuestión desde el lado que se quiera, la conclusión será siempre la misma: el razonamiento de los “comunistas de izquierda” acerca de la supuesta amenaza que supone para nosotros el “capitalismo de Estado” es un craso error económico y una prueba evidente de que están prisioneros por completo precisamente de la ideología pequeñoburguesa.

V

Es también aleccionadora en extremo la circunstancia siguiente.

Cuando discutimos en el CEC con el camarada Bujarin*, éste advirtió, entre otras cosas: en la cuestión de los sueldos elevados a los especialistas, “nosotros” (por lo visto, nosotros quiere decir los “comunistas de izquierda”) “estamos a la derecha de Lenin”, pues no vemos en ello ningún apartamiento de los principios, recordando las palabras de Marx de que, en determinadas condiciones, lo más conveniente para la clase obrera sería “deshacerse por dinero de toda esa cuadrilla”¹³⁴ (precisamente de la cuadrilla de capitalistas, es decir, *indemnizar* a la burguesía por la tierra, las fábricas y demás medios de producción).

Esta observación, de extraordinario interés, pone de relieve,

* Véase el presente volumen, págs. 280-282. —Ed.

en primer lugar, que Bujarin está muy por encima de los eseristas de izquierda y anarquistas, que no se ha hundido definitivamente, ni mucho menos, en las frases huecas, sino que, por el contrario, trata de profundizar en las dificultades *concretas* de la transición —dolorosa y dura transición— del capitalismo al socialismo.

Segundo, esta observación pone al descubierto con mayor evidencia aún el error de Bujarin.

En efecto. Profundicemos en el pensamiento de Marx.

Se trata de la Inglaterra de los años 70 del siglo pasado, del período culminante del capitalismo premonopolista, del país donde lo que menos había entonces era militarismo y burocracia, del país en el que existían entonces mayores probabilidades de victoria "pacífica" del socialismo en el sentido de que los obreros "indemnizasen" a la burguesía. Y Marx decía: en determinadas condiciones, los obreros no se negarán de ninguna manera a indemnizar a la burguesía; Marx no se ataba las manos —ni se las ataba a los futuros dirigentes de la revolución socialista— en cuanto a las formas, métodos y procedimientos de la revolución, comprendiendo muy bien cuán grande sería el número de problemas nuevos que se plantearían, cómo cambiaría toda la situación en el curso de la revolución, con qué *frecuencia* y en qué *medida* habría de cambiar esa situación.

¿Y cuál es la situación en la Rusia Soviética *después* de haber tomado el poder el proletariado, *después* de haber sido aplastados la resistencia militar y el sabotaje de los explotadores? ¿No es evidente que se han creado *algunas* condiciones del tipo de las que podían haberse creado hace medio siglo en Inglaterra, si dicho país hubiera empezado entonces el paso pacífico al socialismo? El sometimiento de los capitalistas a los obreros en Inglaterra podría haberse asegurado entonces por las siguientes circunstancias: (1) predominio absoluto de los obreros, de los proletarios, entre la población debido a la ausencia de campesinado (en los años 70 había en Inglaterra indicios que permitían esperar éxitos de extraordinaria rapidez del socialismo entre los obreros agrícolas); (2) excelente organización del proletariado en

uniones sindicales (Inglaterra era entonces el primer país del mundo en este sentido); (3) nivel cultural relativamente alto del proletariado, disciplinado por el desarrollo secular de la libertad política; (4) larga costumbre de los capitalistas de Inglaterra, magníficamente organizados —entonces eran los capitalistas mejor organizados de todos los países del mundo (hoy esa primacía ha pasado a Alemania)—, de resolver los problemas políticos y económicos mediante un compromiso. He ahí las circunstancias que permitían entonces pensar en la posibilidad del sometimiento *pacífico* de los capitalistas de Inglaterra a sus obreros.

En nuestro país, ese sometimiento está asegurado en el momento actual por ciertas premisas cardinales (triunfo en octubre y aplastamiento, desde octubre hasta febrero, de la resistencia militar y del sabotaje de los capitalistas). En nuestro país, *en lugar* del predominio absoluto de los obreros, de los proletarios, entre la población y de su alto nivel de organización, el factor de la victoria ha sido el apoyo de los campesinos pobres y arruinados con rapidez a los proletarios. Por último, en nuestro país no existen ni un elevado nivel cultural ni la costumbre de concertar compromisos. Si se piensa a fondo en estas condiciones concretas, estará claro que podemos y debemos conseguir ahora *la combinación* de los métodos de represión implacable* contra los capitalistas incultos, que no aceptan ningún “capitalismo de Estado”, que no conciben ningún compromiso y siguen minando las medidas soviéticas por medio de la especulación, el soborno de los pobres, etc., *con los métodos de compromiso*

* En este sentido hay que mirar también la verdad cara a cara: la inclemencia, indispensable para el éxito del socialismo, sigue siendo poca entre nosotros, y no porque falte decisión. Tenemos bastante decisión. Lo que nos falta es destreza para *atrapar* con la rapidez necesaria el número necesario de especuladores, merodeadores y capitalistas, de infractores de las medidas soviéticas. ¡Porque esa “destreza” se da únicamente organizando la contabilidad y el control! En segundo lugar, no hay bastante firmeza en los tribunales, que, en vez de condenar a los concusionarios al paredón, les imponen penas de medio año de cárcel. Estos dos defectos nuestros tienen la misma raíz social: la influencia del elemento pequeño-burgués, su falta de firmeza.

o de indemnización a los capitalistas cultos, que aceptan el "capitalismo de Estado", que pueden aplicarlo y que son útiles al proletariado como organizadores inteligentes y expertos de *grandísimas* empresas que cubran de verdad el abastecimiento de productos a decenas de millones de personas.

Bujarin es un marxista economista magníficamente instruido. Por eso ha recordado que Marx tenía profundísima razón cuando enseñaba a los obreros la importancia que tiene conservar la organización de la gran producción precisamente para facilitar el paso al socialismo y les hacía ver que era admisible por completo la idea de *pagar bien a los capitalistas*, de indemnizarlos *en el caso* (a título de excepción: e Inglaterra lo era entonces) de que las circunstancias obligasen a los capitalistas a someterse pacíficamente y a pasar de una manera organizada y culta al socialismo respaldándose en la indemnización.

Pero Bujarin incurre en un error, pues no ha reflexionado sobre la peculiaridad concreta del momento actual en Rusia, un momento precisamente excepcional, en el que nosotros, el proletariado de Rusia, *llevamos la delantera* a cualquier Inglaterra y a cualquier Alemania por nuestro régimen político, por la fuerza del poder político de los obreros, y, al mismo tiempo, *vamos rezagados* del Estado más atrasado de Europa Occidental en lo que se refiere a organización de un respetable capitalismo de Estado, a nivel cultural y grado de preparación de la producción material para "implantar" el socialismo. ¿No está claro que de esta situación peculiar se deduce, para el momento actual, precisamente la necesidad de algo parecido a una "indemnización", que los obreros deben proponer a los capitalistas más cultos, más inteligentes y más capaces, desde el punto de vista de organización, dispuestos a servir al Poder soviético y ayudar honestamente a poner en marcha la producción "estatal" grande y grandísima? ¿No está claro que, en una situación tan original, debemos esforzarnos por evitar los errores de dos tipos, cada uno de los cuales es pequeñoburgués a su manera? Por una parte, sería un error irreparable declarar que, como se reconoce la falta de correspondencia entre

nuestras “fuerzas” económicas y nuestra fuerza política, “por consiguiente”, no se debía haber tomado el poder¹³⁵. Así razonan los “hombres enfundados”¹³⁶, quienes olvidan que jamás habrá “correspondencia”, que no puede haberla en el desarrollo de la naturaleza, como tampoco en el desarrollo de la sociedad; que sólo mediante una serie de intentos —cada uno de los cuales, tomado por separado, será unilateral, adolecerá de cierta falta de correspondencia— se creará el socialismo íntegro con la colaboración revolucionaria de los proletarios de *todos* los países.

Por otra parte, sería un error evidente dar rienda suelta a los bocazas y vocingleros que se dejan llevar del espíritu revolucionario “llamativo”, pero que son incapaces de llevar a cabo una labor revolucionaria firme, reflexiva y sopesada que tenga en cuenta asimismo las difícilísimas transiciones.

Por fortuna, la historia del desarrollo de los partidos revolucionarios y de la lucha del bolchevismo contra ellos nos ha dejado en herencia tipos claramente definidos, entre los cuales figuran los eseristas de izquierda y los anarquistas, que son una ilustración bastante gráfica del tipo de los malos revolucionarios. Gritan ahora —hasta darles accesos de histeria y atragantarse— contra el “espíritu de conciliación” de los “bolcheviques de derecha”. Pero no saben pensar *por qué* era malo el “espíritu de conciliación” y *por qué* fue condenado en justicia por la historia y el curso de la revolución.

El espíritu de conciliación de los tiempos de Kerenski entregaba el poder a la burguesía imperialista, y la cuestión del poder es la cuestión cardinal de toda revolución. El espíritu de conciliación de una parte de los bolcheviques en octubre-noviembre de 1917 temía la toma del poder por el proletariado o quería *compartir* a medias el poder no sólo con los “compañeros de viaje inseguros”, como los eseristas de izquierda, sino también con los enemigos, los adeptos de Chernov, los mencheviques, que nos habrían estorbado inevitablemente en lo fundamental: en la disolución de la Constituyente, en el aplastamiento implacable de los Bogaevski, en la implantación total de las instituciones soviéticas, en cada confiscación.

Ahora ha tomado el poder, lo sostiene y afianza en sus manos un partido, el partido del proletariado, incluso sin los "compañeros de viaje inseguros". Mentar hoy el espíritu de conciliación, cuando no se habla ni puede hablarse siquiera de compartir *el poder*, de renunciar a la dictadura de los proletarios contra la burguesía, significa simplemente repetir como un loro palabras aprendidas de memoria, pero no comprendidas. Denominar "espíritu de conciliación" el hecho de que, como podemos y debemos gobernar el país, tratamos de ganarnos, sin escatimar dinero, a los elementos más cultos, instruidos por el capitalismo, de ponerlos a nuestro servicio contra la disgregación sembrada por los pequeños propietarios, significa no saber pensar en absoluto en las tareas económicas de la edificación del socialismo.

Y por eso —por muy bien que *testifique* al camarada Bujarin la circunstancia de que "se avergonzara" al punto en el CEC del "servicio" que le prestaron los Karelin y los Gue—, pese a ello, sigue constituyendo una seria advertencia a *la corriente* de los "comunistas de izquierda" la referencia a sus compañeros de lucha política.

He ahí a *Znamia Trudá*, órgano de los eseristas de izquierda, que en su número del 25 de abril de 1918 declaraba con orgullo: "La posición actual de nuestro partido se solidariza con otra corriente del bolchevismo (con Bujarin, Pokrovski y otros)". He ahí al menchevique *Vperiod*, de esa misma fecha, que contenía, entre otras cosas, la "tesis" siguiente del conocido menchevique Isuv:

"La política del Poder soviético, ajena desde el primer momento al carácter proletario genuino, emprende en los últimos tiempos y cada día de manera más abierta la senda del acuerdo con la burguesía y adquiere un carácter antiobrero evidente. Bajo la bandera de la nacionalización de la industria se aplica una política de implantación de los trusts industriales; bajo la bandera del restablecimiento de las fuerzas productivas del país se hacen intentos de acabar con la jornada de ocho horas, de implantar el trabajo a destajo y el sistema Taylor, las listas negras y las cédulas de identidad discriminatorias. Esta política amenaza con privar al proletariado de sus conquistas fundamentales en el terreno económico y convertirlo en una víctima de la ilimitada explotación por parte de la burguesía".

¿Verdad que es magnífico?

Los amigos de Kerenski, que sostuvieron con él la guerra imperialista en nombre de los tratados secretos, que prometían anexiones a los capitalistas rusos; los colegas de Tsereteli, que el 11 de junio se disponía a desarmar a los obreros¹⁷, los Liberdán, que encubrían el poder de la burguesía con frases rimbombantes; ellos, ellos acusan al Poder soviético de concertar un “acuerdo con la burguesía”, de “implantar los trusts” (ies decir, de implantar precisamente el “capitalismo de Estado”!), de implantar el sistema Taylor.

Sí, hay que entregar a Isum una medalla en nombre de los bolcheviques, y su tesis debe ser expuesta en cada club obrero y en cada sindicato como modelo de *discursos provocadores de la burguesía*. Los obreros conocen ahora bien, conocen por experiencia propia en todas partes, a los Liberdán, los Tsereteli y los Isum, y será archiprovechoso para los obreros reflexionar atentamente por qué *semejantes lacayos de la burguesía* los provocan para que se resistan al sistema Taylor y a la “implantación de los trusts”.

Los obreros conscientes confrontarán reflexivamente la “tesis” de Isum, amigo de los señores Liberdán y Tsereteli, con la siguiente tesis de los “comunistas de izquierda”:

“La implantación de la disciplina laboral, con motivo del restablecimiento de la dirección de los capitalistas en la producción, no podrá aumentar de manera substancial el rendimiento del trabajo, pero disminuirá la iniciativa, la diligencia y el grado de organización de clase del proletariado. Amenaza con esclavizar a la clase obrera y despertará el descontento tanto de los sectores atrasados como de la vanguardia del proletariado. Para poner en práctica este sistema, con el odio reinante entre los medios proletarios contra ‘los saboteadores capitalistas’, el Partido Comunista tendría que apoyarse en la pequeña burguesía contra los obreros y, con ello, hundirse como partido del proletariado” (*Kommunist*, núm. 1, pág. 8, col. 2).

He ahí la prueba más palpable de cómo han caído en la trampa los “izquierdistas”, de cómo se han dejado llevar por la provocación de los Isum y otros Judas del capitalismo. He ahí una buena lección que se ha dado a los obreros, quienes saben que precisamente la vanguardia del proletariado está a favor de que se implante la disciplina

laboral, que es precisamente la pequeña burguesía la que se esfuerza más que nadie por destruir esa disciplina. Palabras del tipo de las que figuran en la tesis de los "izquierdistas" que acabamos de citar constituyen el mayor oprobio, una abjuración total del comunismo de hecho, una plena deserción al campo precisamente de la pequeña burguesía.

"Con motivo del restablecimiento de la dirección de los capitalistas": ahí tienen las palabras con que piensan "defenderse" los "comunistas de izquierda". Es una defensa que no vale para nada, pues, primero, el Poder soviético entrega la "dirección" a los capitalistas, existiendo los comisarios obreros o los comités obreros, que vigilan cada paso del dirigente, aprenden de su experiencia de dirección y tienen la posibilidad no sólo de apelar contra las disposiciones del dirigente, sino de destituirlo por conducto de los organismos del Poder soviético. Segundo, se entrega la "dirección" a los capitalistas para que desempeñen funciones ejecutivas durante el tiempo de trabajo, cuyas condiciones fija precisamente el Poder soviético y son abolidas y revisadas por él. Tercero, el Poder soviético entrega la "dirección" a los capitalistas no como capitalistas, sino como técnicos especialistas u organizadores, a los que asigna una alta remuneración por su trabajo. Y los obreros saben muy bien que los organizadores de las empresas verdaderamente grandes y grandísimas, de los trusts o de otras instituciones pertenecen, en el noventa y nueve por ciento de los casos, a la clase de los capitalistas, lo mismo que los técnicos de primera; pero es precisamente a ellos a quienes debemos admitir nosotros, el partido proletario, como "dirigentes" del proceso de trabajo y de la organización de la producción, pues *no hay* otros más que ellos que tengan práctica y experiencia de eso. Porque los obreros, que han salido ya de la primera infancia, del período en que podían desorientarlos la frase "izquierdista" o el relajamiento pequeñoburgués, marchan hacia el socialismo precisamente a través de la dirección capitalista de los trusts, a través de la gran producción maquinizada, a través de las empresas con un giro anual de varios millones, sólo

a través de esa producción y de esas empresas. Los obreros no son pequeños burgueses. No temen al gran “capitalismo de Estado”, sino que lo aprecian como un instrumento suyo, *proletario*, que *su* poder, el Poder *soviético*, utilizará contra la disgregación y la desorganización peculiares de los pequeños propietarios.

Los únicos que no comprenden eso son los intelectuales desclasados —y, por ello, pequeñoburgueses hasta la médula—, cuyo prototipo en el grupo de los “comunistas de izquierda” y en su revista es Osinski, cuando escribe:

“...Toda la iniciativa en la organización y dirección de la empresa pertenecerá a los ‘organizadores de los trusts’: porque nosotros no queremos enseñarles, no queremos convertirlos en simples trabajadores, sino *aprender* de ellos” (*Kommunist*, núm. 1, pág. 14, col. 2).

Los esfuerzos por ironizar en esta frase están dirigidos contra mis palabras: “aprender el socialismo de los organizadores de los trusts”.

A Osinski eso le parece ridículo. Quiere convertir a los organizadores de los trusts en “simples trabajadores”. Si esto lo hubiera escrito un hombre de la misma edad que aquel de quien decía el poeta: “Sólo quince años, ¿no más?”¹³⁸, no habría de qué sorprenderse. Pero resulta algo extraño oír esas palabras en boca de un marxista que ha aprendido que el socialismo es imposible sin aprovechar las conquistas de la técnica y de la cultura alcanzadas por el gran capitalismo. En este caso no ha quedado ni rastro de marxismo.

No. Sólo son dignos de llamarse comunistas quienes comprenden que es *imposible* crear o implantar el socialismo *sin aprender* de los organizadores de los trusts. Porque el socialismo no es una invención, sino la asimilación y la aplicación por la vanguardia proletaria, después de conquistar el poder, de todo lo creado por los trusts. Nosotros, el partido del proletariado, no podemos sacar *de ningún sitio* la pericia para organizar la gran producción del tipo de los trusts, como los trusts; no podemos sacarla *de ningún sitio* como no sea de los mejores especialistas del capitalismo.

No tenemos nada que enseñarles, a no ser que nos planteemos el pueril objetivo de "enseñar" el socialismo a los intelectuales burgueses: no hay que enseñarles, sino expropiarlos (cosa que en Rusia se hace con bastante "decisión"), hay que *acabar* con su sabotaje, hay que *someterlos*, como sector o grupo, al Poder soviético. Nosotros, en cambio, si no somos comunistas de edad infantil ni de mentalidad pueril, debemos aprender de ellos, tenemos cosas que aprender, pues el partido del proletariado y la vanguardia del proletariado *carecen de experiencia* para trabajar independientemente en la organización de grandísimas empresas que sirvan a decenas de millones de habitantes.

Y los mejores obreros de Rusia lo han comprendido. Han empezado a aprender de los capitalistas organizadores, de los ingenieros dirigentes, de los técnicos especialistas. Han empezado con firmeza y precaución por lo más fácil, pasando gradualmente a lo más difícil. Si las cosas van más despacio en la metalurgia y en la construcción de maquinaria, ello se debe a que es un asunto más difícil. Pero los obreros textiles, tabaqueros y curtidores no temen, como los intelectuales pequeñoburgueses desclasados, al "capitalismo de Estado", no temen "aprender de los organizadores de los trusts". En las instituciones dirigentes centrales, como la "Dirección General de la Industria del Cuero" o el "Comité Central de la Industria Textil", estos obreros se sientan a la misma mesa que los capitalistas, *aprenden de ellos*, organizan los trusts, organizan el "capitalismo de Estado", que con el Poder soviético es la antesala del socialismo, una condición de la firme victoria del socialismo.

Esta labor de los obreros avanzados de Rusia, al lado de la que despliegan para implantar la disciplina de trabajo, ha empezado y se realiza sin ruido, sin brillantez, sin el estruendo y el griterío que necesitan algunos "izquierdistas", con inmensa prudencia y paso a paso, teniendo en cuenta las lecciones de la actividad práctica. Esta dura labor de *aprendizaje* práctico para crear la gran producción es la garantía de que marchamos por el camino certero; la garantía de que los obreros conscientes de Rusia luchan

contra la disgregación y la desorganización peculiares de los pequeños propietarios, contra la indisciplina pequeñoburguesa*; la garantía del triunfo del comunismo.

VI

Para terminar, dos observaciones.

Cuando el 4 de abril de 1918 discutí con los “comunistas de izquierda” (véase *Kommunist*, núm. 1, pág. 4, nota) les planteé a bocajarro una cuestión: prueben a explicar qué les disgusta en el decreto sobre los ferrocarriles, presenten *sus* enmiendas. Tienen el deber de hacerlo como dirigentes soviéticos del proletariado, pues, de otro modo, sus palabras no pasarán de ser frases hueras.

El 20 de abril de 1918 apareció el número 1 de *Kommunist*, pero en él no se dice *ni una palabra* de cómo debe modificarse o rectificarse a juicio de los “comunistas de izquierda”, el decreto sobre los ferrocarriles.

Con ese silencio, los “comunistas de izquierda” se han condenado a sí mismos. Se han limitado a lanzar invectivas y alusiones *contra* el decreto sobre los ferrocarriles (págs. 8 y 16 del núm. 1), pero *no han contestado* nada coherente a esta pregunta: “¿Cómo corregir el decreto, si es erróneo?”

Huelgan los comentarios. Los obreros conscientes calificarán de “isuvista” o de frase huera *semejante* “crítica” del decreto sobre los ferrocarriles (que es un modelo de nuestra pauta, de la pauta de firmeza, de la pauta de la dictadura, de la pauta de la disciplina proletaria).

Otra observación. En el núm. 1 de *Kommunist* se publica una reseña del camarada Bujarin, muy elogiosa, sobre mi

* Es elocuente en extremo que los autores de las tesis no digan ni palabra sobre la significación de *la dictadura* del proletariado en la esfera *económica* de la vida. Hablan solamente “de organización”, etc. Pero eso lo admite también el pequeño burgués, que teme precisamente *la dictadura* de los obreros en las relaciones económicas. El revolucionario proletario jamás habría podido “olvidar” en un momento como el actual esta “médula” de la revolución proletaria, enfilada contra las bases económicas del capitalismo.

folleto *El Estado y la revolución*. Pero, por muy valiosas que sean para mí las opiniones de hombres como Bujarin, debo decir honradamente que *el carácter* de la reseña pone al desnudo un hecho triste y significativo: Bujarin enfoca las tareas de la dictadura del proletariado de cara *al pasado* y no al futuro. Bujarin ha observado y subrayado todo lo que pueden tener de común en el problema del Estado el revolucionario proletario y el revolucionario pequeño-burgués. Bujarin "no ha visto" precisamente lo que separa al primero del segundo.

Bujarin ha visto y recalcado que el viejo mecanismo del Estado debe ser "destruido", "dinamitado", que es preciso "acabar de estrangular" a la burguesía, etc. El enfurecido pequeño burgués también puede querer eso. Y eso lo ha hecho *ya*, en líneas generales, nuestra revolución desde octubre de 1917 hasta febrero de 1918.

Pero en mi folleto se habla también de lo que no puede querer el pequeño burgués, ni siquiera el más revolucionario, de lo que quiere el proletario consciente, de lo que *no* ha hecho *aún* nuestra revolución. Y Bujarin ha guardado silencio sobre esta tarea, sobre la tarea del día de mañana.

No obstante, tengo motivos de sobra para no guardar silencio sobre el particular, primero, porque debe esperarse de un comunista más atención a las tareas de mañana que a las de ayer; y, segundo, porque mi folleto fue escrito *antes* de que los bolcheviques tomáramos el poder, cuando no se podía obsequiar a los bolcheviques con una consideración pequeñoburguesa vulgar: "Claro, *después* de haber conquistado el poder hablan, *naturalmente*, de disciplina..."

"...El socialismo... se transformará en comunismo... pues los hombres se acostumbrarán a observar las reglas elementales de la convivencia social sin violencia y sin subordinación" (*El Estado y la revolución*, págs. 77-78*. Por consiguiente, se hablaba de las "reglas elementales" *antes* de tomar el poder).

"...Y sólo entonces comenzará a extinguirse la demo-

* Véase O.C., t. 33, pág. 85. -Ed.

cracia...”, por la razón de que “los hombres se habituarán poco a poco a observar las reglas elementales de convivencia, conocidas a lo largo de los siglos y repetidas desde hace milenios en todos los preceptos; a observarlas sin violencia, sin coerción, sin subordinación, sin esta máquina especial de coerción que se llama Estado” (ob. cit., pág. 84*; de los “preceptos” se habló *antes* de tomar el poder).

“...La fase superior de desarrollo del comunismo” (a cada cual, según sus necesidades; de cada cual, según su capacidad) “presupone una productividad del trabajo que no es la actual y hombres que no son los actuales filisteos, capaces —como los seminaristas de Pomialovski¹³⁹— de dilapidar ‘a tontas y a locas’ los depósitos de la riqueza social y pedir lo imposible” (ob. cit., pág. 91).

“...Mientras llega la fase superior del comunismo, los socialistas exigen el más riguroso control por parte de la sociedad y por parte del Estado sobre la medida de trabajo y la medida de consumo...” (ibidem)**.

“...Contabilidad y control: eso es lo principal que se necesita para ‘poner a punto’ y hacer que funcione bien la primera fase de la sociedad comunista” (ob. cit., pág. 95)***. Y ese control debe ser establecido no sólo sobre “la insignificante minoría de capitalistas, sobre los señoritos que quieran conservar sus hábitos capitalistas”, sino también sobre los obreros “profundamente corrompidos por el capitalismo” (ob. cit., pág. 96)****, y sobre “los haraganes, los señoritos, los truhanes y demás depositarios de las tradiciones del capitalismo” (ibidem).

Es significativo que Bujarin *no* haya subrayado *esto*.

5. V. 1918

* Ibidem, pág. 91. —Ed.

** Ibidem, pág. 99. —Ed.

*** Ibidem, pág. 103. —Ed.

**** Ibidem, págs. 104-105. —Ed.